

Introducción



Pregúntale a una mujer por su pelo y tal vez te cuente la historia de su vida.

Pregúntales a un montón de mujeres y, si *Mi cabello y yo* sirve de indicación, tal vez te cuenten las historias del mundo: reflexiones y confesiones acerca de la familia, la raza, la religión, los rituales, la cultura, la política, la fama, lo que sucede en las cocinas afroamericanas y en las bodas hindu-bengalíes en Calcuta, y diversas anécdotas acerca de la influencia de Jackie Kennedy, Angela Davis, Lena Horne, Madonna, Audrey Hepburn, Shirley Temple, Sandra Dee, Joan Baez, Farrah Fawcett, Kelly McGillis, Judith Butler, los Grateful Dead y las Venus de Botticelli.

Lo que queda meridianamente claro en todas estas historias personales es que el cabello importa. Hay muchas otras cosas que también importan en la vida, a veces más que el cabello (la salud, la pobreza, la guerra, el hambre, las inundaciones, y en ocasiones los zapatos y el maquillaje), pero puede decirse que el cabello importa todos los días, al menos para un alto porcentaje de mujeres y también (o al menos así era tiempo atrás) para no pocos hombres. Cuando en 1964 los Beatles agitaron por primera vez sus melenas en el *El show de Ed Sullivan* al ritmo de *I Want to Hold Your Hand*, la historia

social dio un vuelco. Mucho antes de esa fecha, el Sansón del Nuevo Testamento creía que su fuerza radicaba en su cabello, que daba para hacer siete trenzas. De ahí que sus enemigos contrataran a la seductora Dalila para que le cortara la melena.

Al leer y reflexionar sobre estos ensayos, me asombra lo mucho que nos importa el cabello, y los enmarañados motivos a los que obedece esa preocupación. ¿Por qué nos interesa tanto? ¿Y por qué con tal intensidad?

«El pelo de una mujer es su mayor prenda», explica Maya Angelou en *Good Hair*, el documental de Chris Rock acerca de las mujeres afroamericanas y su cabello. Pero mucho antes de que adquiriera brillo en nuestras vidas, el pelo exige atenciones y cuidados. Es una lección elemental de aseo y cuidado personal que aprendemos en una etapa muy temprana de nuestras vidas, un escaparate público hacia la intimidad del hogar. En términos de las ciencias sociales, el cabello es un significante. Y una de las primeras señales que transmite cuando somos niños es si recibimos o no cuidados adecuados por parte de nuestros mayores. El cabello descuidado de un niño o una niña propicia la censura y el escrutinio público y, si se repite días tras día, puede dar lugar incluso a una visita de los Servicios de Protección al Menor. Las niñas aprenden a valerse por sí solas a medida que crecen y aprenden a arreglarse el cabello. Cuando tienen hijas también las peinan a ellas, y así continúa el ciclo. De paso, aprendemos que las decisiones que tomamos respecto a nuestro cabello y el de los demás desvelan nuestra personalidad, el mundo que habitamos y cómo queremos que nos perciban exteriormente.

Para las mujeres, el cabello conforma toda una biblioteca de información acerca de la posición social, la clase, la autoimagen, el deseo, la sexualidad, los valores y hasta la salud mental. Recuerdo que durante los años que viví en Washington D.C., en la década de 1980, veía con frecuencia a una mujer cuyo pelo apelmazado y retorcido se elevaba cerca de medio metro por encima de su cuero cabelludo. Protestaba contra algo (creo que contra la guerra nuclear) en la acera, frente a la Casa Blanca. Aunque yo compartía su opinión acerca de la guerra, el estado de su cabello me hacía sospechar que no estaba del todo bien. Todavía recuerdo vívidamente su cara, pero soy consciente de que si me fijaba en ella era por la mata de pelo que coronaba su cabeza.

El cabello importa porque está siempre a nuestro *alrededor*: sirviendo de marco a nuestras caras, creciendo, cayéndose, encrespándose, cambiando de color. En resumen, exigiendo nuestra atención. ¡Péiname! ¡Lávame! ¡Alísame! ¡Píntame! Siempre está *ahí*, transmitiendo mensajes acerca de cómo somos y lo que queremos. ¡Invítame al baile de promoción! ¡Quiéreme! ¡Contrátame! ¡Acuéstate conmigo! ¡Ni sueñes en acostarte conmigo! ¡Tómame en serio! ¡Cásate conmigo! ¡Confúndeme (por favor) con una mujer mucho más joven!

Siempre está ahí, a no ser que desaparezca o esté escondido, y en ese caso su ausencia también cuenta una historia. Una muy frecuente incluye los estragos de la quimioterapia: la pérdida del cabello es indicio de enfermedad. Luego están las culturas en las que las mujeres se afeitan el pelo y se cubren la cabeza, y aquellas en las que las mujeres pueden conservar la melena pero han de envolverse la cabeza en velos, dejando a veces solo una rendija o una rejilla por la que ver. ¿A qué obedecen esas cabezas afeitadas? ¿Y a qué esas colgaduras? Hay muchos motivos y numerosas interpretaciones, según la relación que tenga una con los velos. Cubrirse el cabello equivale, tanto para los de dentro como para los de fuera, a la pertenencia a un grupo específico. Es una forma de identificación inmediata. Sirve para recordar a los miembros del grupo cómo deben comportarse o expresar respeto. Focaliza la atención en el rostro, no en rasgos secundarios. Y, fundamentalmente, raparse o cubrirse el cabello anula sus propiedades ornamentales, estéticas y eróticas, enviando mensajes inequívocos acerca de la autonomía y la disponibilidad sexual de una mujer. Por último, está el pelo que normalmente queda oculto a la vista pero que en las dos últimas décadas se ha convertido en tema de conversación corriente, a medida que la depilación brasileña, los tintes, las decoloraciones y otras artimañas estéticas hacían posible que tener unos genitales pueriles fuera un nuevo signo de normalidad.

A nadie puede extrañar, por tanto, que casi todos los días aparezca una noticia relativa al pelo en los informativos, y dado que vivimos en el siglo XXI, la mayoría de esas noticias pasan también a Twitter, Facebook, TMZ y sabe Dios adónde más. Al poco tiempo, el mundo entero (o quizá solo un par de miles de personas) está debatiendo acerca del corte a capas de Jennifer Aniston, el flequillo de Michelle

Obama, las toxinas de los tintes capilares, la chufra de la duquesa de Cambrigde sobre la calvicie de su marido, la salida de tono de una estrella de cine acerca de su vello púbico, la expulsión de un niño del colegio por su peinado, las críticas a una gimnasta olímpica por su pelo afro, o el nuevo reglamento del Ejército de Estados Unidos acerca de los peinados admisibles o no en sus filas.

Las noticias relativas al cabello abarcan toda la gama, desde la melenita pop al pelazo étnico o racial, y los temas más candentes son a menudo los relacionados con los afroamericanos y sus rizos. Si eres negra, conocerás al dedillo ese territorio y su paisaje. Si no lo eres, tal vez ignores ese ámbito singular que constituye el cabello de los afroamericanos, un tema tan complejo y cargado de significados que ha sido objeto de docenas de libros: de historia, de ficción, de autoayuda y de fotografía. Mucho antes de *Good Hair*, Maya Angelou narró su historia capilar en *Yo sé por qué canta el pájaro enjaulado*, y Malcolm X describe en su autobiografía cómo empezó a alisarse el pelo empleando lejía, huevos y patatas, y cómo posteriormente llegó a condenar esa técnica brutal.

Dentro de la cultura afroamericana, tener «buen pelo» equivale a tenerlo liso y suave. Para muchas de las autoras que han participado en este libro, el «buen pelo» es también ese cabello liso que no tienen de manera natural y que siempre han deseado. Del mismo modo que todas las familias infelices son infelices a su manera, cada historia de una mujer en guerra con su cabello es una historia única. Por suerte, no todas las autoras recogidas en esta compilación han tenido relaciones tan conflictivas, aunque su cabello o el de otros miembros de su familia haya servido con frecuencia para exteriorizar tanto los lazos afectivos como las desavenencias familiares.

Es fácil tomarse a la ligera nuestra obsesión por el cabello, pero pese a ello muy pocas de las autoras recogidas en estas páginas lo han hecho. Se sobreentiende que el cabello es cosa seria. Es nuestro lustre, nuestra bestia negra, nuestra historia, nuestra sexualidad, nuestra fe religiosa, nuestra vanidad, nuestro gozo y nuestra moral. Hay, indiscutiblemente, muchas cosas en la vida que importan más que el cabello, pero pocas que importen de una forma tan compleja, polifacética y estimulante. Hasta donde alcanza mi entendimiento, ese es el quid de la cuestión.



El complejo de Rapunzel



REBECCA NEWBERGER GOLDSTEIN

Nunca he sabido cómo contar la historia de mi vida. Sí que creo saber, en cambio, cómo contar la historia de mi pelo.

Creció a la sombra del de mi hermana, que era largo y dorado y se derramaba en hermosos rizos naturales sobre sus hombros. El mío también era claro, pero siempre lo describían como «rubio sucio», lo que daba lugar a confusión. Nunca conseguí explicar a mi madre por qué con tanta frecuencia me pillaba en el cuarto de baño del piso de arriba restregándome el pelo con una pastilla de jabón Ivory. Si hubiera pertenecido a una familia diferente, habrían sospechado que sufría una neurosis y me habrían llevado al psicólogo.

Aun más que tener el pelo limpio, yo deseaba tener el pelo largo. Pero mi madre estaba cansada cuando nacimos mi hermana pequeña y yo. Entre el mayor y la pequeña de la familia mediaban doce años, y yo nací tras un largo lapso de tiempo. Era como si hubiera dos grupos: los mayores, que eran la alegría de mi madre, y las dos pequeñas, Sarah y yo, ambas con el pelo corto. Yo debía de tener un deseo muy ardiente de llevar el pelo largo si me atreví a plantearle la cuestión a mi madre, que me respondió de muy malos modos que mi pelo era muy abundante para dejármelo crecer. Tener que desenredár-

melo a diario sería una carga más que añadir a las muchas que soportaba ya sobre sus hombros. Según lo percibía yo, la abundancia de mi pelo estaba directamente relacionada con su suciedad, y hacía aún más vívido el contraste entre la esplendorosa cabellera de mi hermana mayor y la fealdad de mi pelo. Mi madre se encargaba de cortar mis tupidos mechones y, como no quería tener que hacerlo a menudo, yo solía llevar el cabello muy corto, aún más corto que Sarah. Aquel calvario concluía cuando mi padre me pasaba la maquinilla eléctrica por la nuca para apurar los rastros. Yo detestaba el picor que me producía aquella maquinilla eléctrica, y odiaba mi pelo cortado a lo chico.

En cuanto conseguí autonomía sobre mi propia testa, me dejé crecer la melena con total abandono. En la universidad lo tenía tan largo que podía sentarme encima de él. Sarah también se lo dejó crecer y, como estábamos a finales de la década de 1960, nos turnábamos para planchárnoslo y eliminar cualquier tendencia burguesa y probélica hacia el rizo. Un día que estaba reclinada con la cabeza en manos de mi hermana, la oí decir en tono asustado:

«Aquí pasa algo raro.»

El hedor me llegó casi al mismo tiempo que su voz. Había olvidado bajar el control de temperatura y un buen manajo de pelo achicharrado y apestoso se había quedado pegado a la plancha. Tuve que cortármelo de nuevo, pero para cuando acabé el doctorado ya tenía otra vez mi melena *hippie*.

Cuando conseguí mi primer trabajo como profesora de filosofía tenía veintiséis años y parecía mucho más joven. Mis alumnas se mostraban siempre un poco desconcertadas el primer día de clase, cuando entraba en el aula dispuesta a tomar el mando. Su desconfianza hacia mí se veía acrecentada por mi propio sentimiento del ridículo al ver que aquellas inteligentes muchachas de Barnard College anotaban obedientemente cuanto salía de mi boca. ¿Quién era yo para hallarme en tal posición? Quizás un corte de pelo sofisticado nos convenciera, tanto a ellas como a mí, de mi autoridad. Pregunté por ahí y me dieron el nombre de la que, según se decía, era la mejor peluquería de Manhattan. Kenneth, me dijeron, era el creador del peinado de Jacqueline Kennedy. Me fui con mi melena a la peluque-

ría Kenneth y, aunque no me atendió el famoso estilista en persona, pude ver que se trataba de un establecimiento de categoría. Me había pasado de largo al intentar reivindicar mi cabello y no estaba preparada para defenderme del dictamen de los expertos, que declararon rotundamente que *tenía* que cortármelo aún mucho más de lo que esperaba. Vi cómo mi pelo se iba amontonando en el suelo, temerosa de mirarme en el espejo. Cuando por fin levanté la vista, la cara que puse impulsó al peluquero a preguntarme si las «estudiantes de filosofía» lloraban alguna vez. Tonterías, quise decirle. No soy alumna, ¡soy profesora de filosofía! ¡Profesora! ¡Por eso precisamente estoy aquí sentada, con toda mi melena cortada y tirada por tu precioso suelo, a punto de convertirse en basura!

Desde aquella experiencia reveladora, he procurado no volver a traicionar a mi pelo. De niña, ya sabía que tenía una larga melena atrapada en un corte de chico. Cuando crecí, descubrí que también era una librepensadora atrapada dentro del judaísmo ortodoxo, una feminista prisionera del paternalismo, una novelista encerrada en las rigurosas normas de su disciplina académica. Las luchas de mi cabello han sido mis luchas.

Me lo dejé largo, pero aún cometí algunos errores por el camino. Una vez, cuando acababa de cumplir cuarenta años, una peluquera argumentó que a mi edad las mujeres estaban más guapas (es decir, que parecían más jóvenes) teñidas de pelirrojo. Como filósofa, estoy adiestrada para identificar las falacias de una argumentación, pero no sé por qué esta vez me dejé engañar. Iba a tener que visitar a aquella peluquera cada ocho semanas para que me tiñera las raíces. A la tercera sesión, me harté y volví a mi color natural. Estaba agobiada por el peso de tantas obligaciones. No solo daba clases, sino que también escribía novelas. Y tenía dos hijas, las dos con el pelo larguísimo. No tenía tiempo para ir a la peluquería cada dos meses. Y, además, yo no era pelirroja.

Mis hijas también ejercieron cierta presión sobre mi cabello. En torno a los diez años, la mayor empezó a avergonzarse profundamente de mi aspecto. No me parecía nada a las otras madres de nuestro barrio residencial de Nueva Jersey. Me suplicaba que no me pusiera las botas militares cuando iba a recogerla al colegio y, como estaba-

mos en la década de 1980, me rogó que me hiciera la permanente. Me acordé de lo mucho que me avergonzaba yo de mi madre, que, por ser judía ortodoxa, no se parecía ni por asomo a las mujeres modernas y elegantes de White Plains, Nueva York, donde me crié. Eran todas altas, esbeltas y bronceadas. Las raquetas de tenis parecían crecerles en las manos, donde en cambio mi madre tenía una espátula (palabra esta de origen yidis, según creía yo entonces). Y así, acordándome, me tomé muy en serio el sonrojo de mi hija. Tardé seis meses en librarme de aquella espantosa permanente.

Su hermana pequeña, inconformista desde muy niña, se quejó de mi aspecto solamente una vez. Fui a recogerla al final del campamento de verano que celebraba cada año la Johns Hopkins University. Me había divorciado hacía poco y decidí renovar mi aspecto. Me hice unas mechas que por fin elevaron de estatus mi cabello sacándolo de la categoría del «rubio sucio», y me puse un elegante vestido negro de tirantes. Mi hija me echó una ojeada y dijo con el perfecto desdén de sus quince años:

«Ahora eres igualita a las madres de todos los chicos de por aquí. ¿Te estás entrenando para convertirte en mujer florero?»

Tenía ganas de hacer sangre, y yo me di cuenta y lo respeté, pero aun así no pude evitar soltar una carcajada. Acababa de cumplir cincuenta años. Menudo florero.

La hermosa cabellera dorada de mi hermana mayor también tuvo su propio devenir. Ella siguió siendo judía ortodoxa, y en su ambiente se daba por supuesto que tenía que ponerse peluca, o al menos taparse el cabello con un pañuelo o un gorro. Pero Mynda se resistió. Su melena había sido siempre su mayor orgullo. Se resistió a la muerte con la misma contumacia. Tumbada en la cama del hospital, unos días antes del fin, me pidió que la peinara. Aunque su cabello se había vuelto tan escaso que daba pena mirarlo, seguía estando allí, extendido sobre sus hombros. Y eso por sí solo parecía un triunfo. Comentamos en broma que la vanidad sería lo último que perderíamos las dos. Mi preciosa hermana.

Mi pelo ha tomado parte en los momentos culminantes de mi vida. Un crítico del *Times* de Londres se refirió a mí una vez como «la filósofa y novelista estadounidense que se parece a Rapunzel pero

piensa como Wittgenstein». Fue bonito. Y cuando ingresé en la Academia Americana de Artes y Ciencias, me senté junto a la novelista Alison Lurie. Al acabar la ceremonia, mi pareja, Steven Pinker, se acercó a nosotras y yo se lo presenté a Alison. Le lanzó una larga mirada y concluyó:

«Tienes buen pelo. —Luego me miró a mí también y añadió—: Igual que tú. Sois la pareja melenuda», dictaminó.

Se han dicho cosas peores de nosotros.

Sigo teniendo el pelo largo, sin duda algo muy poco adecuado para mi edad, pero es posible que haya alcanzado esa edad en la que ya nadie se atreve a decírmelo (ni a nadie le importa). También he mantenido las mechas, que enmascaran las canas que me asoman por las sienas durante los largos periodos que dejo pasar entre visita y visita a la peluquería. Nadie me convencerá nunca de que haga con mi pelo lo que no quiera hacer. Mi pelo y yo nos hemos hecho mayores y sabemos lo que queremos.

El único que a veces me hace alguna sugerencia capilar es Steve. Cuando, muy de tarde en tarde, le digo que me voy a la peluquería a cortarme las puntas, nunca deja de decirme:

«No dejes que te lo corten demasiado. Me encanta tu melena.»

Lo que, tratándose de mi historia capilar (que ahora también es la suya), es otra forma de decir «y fueron felices y comieron perdices».



Pelo, interrumpido



SULEIKA JAOUAD

Desde que tengo uso de razón me he sentido como una forastera que estaba de paso, echando un vistazo. Entre los cuatro y los dieciocho años asistí a seis colegios en tres continentes distintos. Como hija de inmigrantes (mi madre es suiza y mi padre tunecino), descubrí muy pronto que a mis compañeros de clase mi bagaje multicultural no les parecía ni «exótico» ni «cool». Cuando pasaban lista el primer día de curso, tenía la sensación de haberme presentado en clase con las bragas puestas encima de los pantalones. Con un nombre tan impronunciable como Suleika Jaouad, me resultaba difícil integrarme. Y precisamente por eso a veces tenía aún más ganas de que me aceptaran.

Hasta mi tartera me avergonzaba. Yo lo único que quería entonces era una bolsa de papel marrón con el típico almuerzo americano: sándwiches de mantequilla de cacahuete y mermelada, *snacks*, galletitas rellenas y gominolas. ¿Era mucho pedir? Recuerdo que un día entré en casa hecha una furia después de clase.

«No vuelvas a ponerme tajine de pollo para almorzar *nunca jamás*», dije.

El contraste entre la olorosa y coagulada salsa naranja del guiso

de pollo y la aséptica e inodora belleza de una galleta rellena nunca me pareció tan agudo.

Con el tiempo, la vergüenza de ser siempre la nueva se fue enquistando hasta convertirse en resentimiento. Estaba resentida con mi familia porque en casa, por norma, solo se hablara francés. Estaba resentida por tener un nombre polisilábico y por ser demasiado joven para cambiármelo y ponerme otro más normal, como Ashley o Jessica. Y estaba resentida porque mi madre, una pintora de gustos excéntricos y férreo sentido de su propia identidad y sus convicciones, pareciera pensar que era muy fácil sentirse a gusto aunque una no llegara a encajar.

«Tú eres única», me decía, olvidando que cuando eres una adolescente ese adjetivo es como un estigma.

Quise que me tragara la tierra el día que vino a recogerme a la parada del autobús llevando puestos unos esquís de fondo, una парка de color amarillo fosforito y una gorra de béisbol con la visera hacia atrás tapándole el pelo pinchado de cinco centímetros de largo. *Quelle horreur!*

Cuando iba al instituto y mi familia se instaló en el interior del estado de Nueva York, soñaba con tener una cabellera rubia que me llegara a la cintura, como la de Rapunzel (y como la de las chicas más populares del equipo de animadoras), en vez de mi pelo encrespado y rojizo, cortado a media melena. Lo probé todo. Ya me conocían en el pasillo de productos para el cabello de la parafarmacia del barrio, pero por más que me aplicaba Sun-In en el pelo o que me lo embadurnaba con potingues, no conseguía parecerme a *ellas*. En sexto grado, hasta convencí a mi madre para que me dejara hacerme trenzas rubias (¡demos la bienvenida a la policía de la moda!).

Esos eran los recuerdos que se me agolpaban en la memoria una húmeda tarde de primavera de mayo de 2011, a la edad de veintidós años. Ese día no había nada relevante en las noticias. Pero el mundo tal y como yo lo conocía estaba a punto de implosionar.

«Preventiva» fue el término que empleó el doctor. Se refería a la biopsia de médula ósea que me habían hecho unos días antes, una prueba invasiva y bastante dolorosa que rara vez se hacía a pacientes

jóvenes. Tras dos meses con síntomas de gripe que parecían resistirse a los antibióticos más potentes, ese fue el siguiente paso. Mi piel se había vuelto tan pálida que casi parecía traslúcida. «Azul como un huevo de petirrojo, como si todas las venas hubieran aflorado a la superficie.» Así fue como lo describí en mi diario. Algo iba mal. Eso lo sabía. Pero el médico me aseguró que no esperaba encontrar nada anormal en mi médula ósea.

Cuando llegué con mis padres a la clínica para conocer el resultado de la biopsia ya había oscurecido. El personal y los demás pacientes se habían marchado a casa. Las tenues luces de la sala de espera proyectaban una sombra ominosa sobre las paredes de color crema y los montones de revistas pasadas de fecha. El médico no se anduvo por las ramas.

«Tienes una cosa llamada leucemia mieloide aguda —dijo, enunciando el diagnóstico como un profesor de lengua extranjera que nos estuviera enseñando la pronunciación de una palabra nueva—. Hay que actuar deprisa.»

Mucha gente me ha preguntado cómo fue saber que tenía cáncer siendo tan joven. ¿Cuál es la reacción apropiada si a una le diagnostican un cáncer? ¿Se supone que tienes que romper a llorar, o desmayarte, o gritar?

Yo no hice ninguna de esas cosas. Me quedé helada y repetí aquella palabra una y otra vez para mis adentros: leu-ce-mia. Leu-ce-mia. Leu-ce-mia. Sonaba a flor exótica.

Lo que de verdad me sorprendió, sin embargo, fue la reacción que tuve después.

«¿Voy a perder todo el pelo?», le solté al doctor atropelladamente.

Teniendo en cuenta que acababan de diagnosticarme una enfermedad potencialmente mortal, preocuparme por mi pelo parecía bastante ridículo e irrelevante, incluso narcisista. Pero la calvicie (el efecto colateral más reconocible de la quimioterapia) era uno de los escasos tópicos que yo conocía sobre el cáncer. Necesitaba tranquilizarme formulando preguntas que quedaran dentro del ámbito de mi comprensión. Una pregunta como «¿Qué va a pasarme?» podía tener consecuencias imprevisibles, aterradoras, incluso mortíferas. El mé-

dico me confirmó que la quimioterapia se cobraría mi cabellera como trofeo a la semana o así de empezar el tratamiento.

«La quimioterapia» es una estilista cruel. Lo que nadie te dice cuando pierdes el pelo durante el tratamiento es que no lo pierdes todo de una vez. El primer indicio de que a mí se me estaba cayendo apareció en mi almohada: una maraña de pelos sueltos extendida por la tela como un cuadro peludo de Jackson Pollock. Luego, durante los días siguientes, empezó a caerme a puñados. Por fin, cuando solo me quedaban unos cuantos islotes de pelo en la cabeza, me lo arranqué con mis propias manos. Me sentía como una jardinera arrancando hierbajos de la tierra mojada.

Al cabo de unas pocas semanas, ya no reconocía a la persona que me devolvía la mirada desde el espejo. Mejillas hundidas. Cabeza pelona. Sin cejas. Sin pestañas. Con la piel seca y blanca como la tiza. Y una cintura que encogió rápidamente de una saludable talla 36 a una 00. Sin embargo, lo que más dolió fueron los efectos invisibles y silenciosos de la enfermedad. El aislamiento. Los amigos que dejaron de devolver mis llamadas cuando enfermé. El miedo a morir antes de haber empezado de verdad a vivir. Y quizá lo peor de todo: asumir el hecho de que la quimioterapia me había dejado estéril para siempre. Así, de golpe, mi vida se había partido en dos: había una Suleika AC (antes del cáncer) y una Suleika DC (después del cáncer). Y eso si la suerte se ponía de mi parte.

Mi metamorfosis tuvo lugar en su mayor parte dentro de la intimidad de las cuatro paredes de mi habitación, en el hospital. Allí podía esquivar el espejo que colgaba en la pared del baño. Las miradas curiosas de los desconocidos, en cambio, no podía eludir las cuando salía del hospital para pasar los breves periodos de descanso entre sesión y sesión. Allá donde iba, el cáncer hablaba por mí antes de que yo pudiera abrir la boca. Intenté ocultarme bajo sombreros, pañuelos y pelucas, pero solo conseguía sentirme como una impostora.

Una noche cometí el error de ir a la fiesta de un amigo. Era la primera vez que veía a muchos de mis colegas de la universidad desde

el diagnóstico. Al cruzar la puerta, sentí como si de pronto se parara la música. Noté las miradas de todos fijadas en mi cabeza calva y en los tubos del catéter que asomaban por encima de mi pecho derecho. Cuando miraba a los ojos a la gente, algunos se apresuraban a apartar la mirada. Resultaba muy violento hablar, porque todos se miraban los pies o corrían a excusarse para ir a buscar otra copa o ir al servicio. A los pocos minutos, les dije a todos que necesitaba tomar un poco de aire. Me metí en un taxi y le di las señas de casa al conductor mientras me corrían ardientes lágrimas negras por la cara.

Esa noche me quedé dormida llorando mientras mi madre, sentada en el borde de la cama, me masajeaba la espalda con las palmas de las manos. Quería recuperar mi vida de siempre y echaba de menos mi antiguo aspecto. Aunque mi nueva situación era un territorio completamente desconocido para mí, el anhelo de tener un físico distinto (de parecerme más a la gente de mi entorno) me remitió a cómo me había sentido en mis primeros años de instituto. Ahora, sin embargo, enfocaba de manera distinta el «complejo de extranjera» de mi juventud. Estaba enfadada con esa versión adolescente de mi propio yo por despreciar el color y la textura de mi cabello, cuando ahora no tenía ni un solo pelo del que quejarme.

Casi un año después del diagnóstico, cuando tenía la cabeza cubierta por unos ocho centímetros de pelusilla de bebé recién crecida, me preparé para la fase más ardua del tratamiento: un peligroso trasplante de médula que constituía mi única posibilidad de curación. Los médicos me dijeron sin rodeos que tenía un 35 por ciento de probabilidades de sobrevivir al trasplante. Lo tenía casi todo en contra. Envuelta en tanta incertidumbre, comencé a buscar aquellas cosas que *sí* podía controlar. Me di cuenta de que los signos externos del cáncer solo podían definirme si yo lo permitía. Resolví ingresar en la unidad de trasplantes con el aspecto y la sensación de ser Suleika y no una anónima enferma de cáncer.

De pequeña siempre había deseado vestir el codiciado uniforme de las animadoras. Ser una niña, niña. Pero eso ya no me interesaba. Necesitaba mirar hacia dentro y descubrir cuál iba a ser mi uniforme

singular. Adopté una chaqueta de piel marrón que me prestó Lizzie, mi mejor amiga. ¿Que unas botas con tachuelas en los talones me miraban desde el escaparate de una tienda? Pues me las compraba. Completé mi nuevo *look apenas* cinco días antes de mi ingreso: fui a la peluquería Astor Place, una enorme barbería situada en un sótano del centro de Manhattan, famosa por sus precios económicos, sus barberos políglotas, su clientela adornada con tachuelas y su aguerrido servicio de atención al cliente. Quería hacerme un corte corriente, a cepillo, un ataque preventivo contra la quimio que pronto haría que se me cayera el pelo por segunda vez.

Cuando le expliqué mi situación al barbero, Miguel Lora, me sugirió que fuera un paso más allá y que me hiciera «tatuajes capilares». Al principio me asustó la idea de hacerme un «tatuaje», pero Miguel me aseguró que se limitaría a usar la cortadora eléctrica para dibujar una espiral en la capa de pelo de un centímetro que me quedara. ¡Qué demonios!, dije yo. A fin de cuentas, tenía muy poco que perder. Mi nuevo corte de pelo me daba un aire muy duro, aunque no siempre me sintiera así. Estaba engrosando mi armadura, y me gustaba cómo me quedaba.

Cuando salí a la calle, me silbó un obrero de la construcción.

«¡Bonito, tu pelo!», gritó.

Fue la primera vez desde el diagnóstico que alguien hacía un comentario sobre mi pelo que no tenía relación con el cáncer.

El cáncer puede no ser una elección, pero el peinado y la actitud sí lo son. Ojalá hubiera podido decírselo a mi yo con quince años. Intentar que mi cabellera castaña y rebelde fuera rubia era un empeño tan inútil como tratar de fingir que tenía pelo después de la quimioterapia. No voy a afirmar que el cáncer sea un regalo: jamás llegaría a ese extremo. A fin de cuentas, no se lo regalaría a nadie por su cumpleaños. Pero sí diré que es un maestro. La enfermedad me ha enseñado que puedo controlar de manera mucho más eficaz mi físico si lo asumo y me divierto con él, en lugar de intentar convertirlo a la fuerza en lo que no es. Este enfoque de mi apariencia externa puede aplicarse también a cosas más trascendentales: da igual los obstáculos

que te salgan al paso, el mejor modo de afrontar un desafío es integrarlo y hacerlo tuyo.

Poco a poco, con el tiempo, empezó a crecerme otra vez el pelo. En cuanto lo tuve lo bastante largo, fui a ver a Miguel para que hiciera más tatuajes. Compartí las fotografías de mi nuevo peinado en las redes sociales y, pasados un par de meses, me enteré de que varios jóvenes enfermos de cáncer habían ido también a ver a Miguel para que les hiciera tatuajes en el pelo. Esos tatuajes nos enseñaron una forma nueva de divertirnos con el pelo que teníamos (o que no teníamos) y nos proporcionaron una nueva seguridad en nosotros mismos.

Sobreviví al trasplante de médula. Cada día me siento más fuerte y más sana. Y en el tiempo transcurrido desde entonces he aprendido a valorar las ventajas de destacar entre la multitud, aunque no siempre lo busque. Hoy en día mi pelo tiene unos cinco centímetros de largo, y lo llevo corto y de punta, como mi madre. Cuando la gente comenta cuánto nos parecemos, yo sonrío y les doy las gracias por el cumplido. Sigo estando muy lejos de tener una melena rapunzeliana hasta la cintura. Pero lo curioso es que ya no me interesa tenerla. Estoy empezando a cogerle cariño al pelo corto.